

resplandecen delante de Dios, como el licor de la oliva alumbrada entre las gentes; aun promete mas: poner en el desierto haya, olmo, y box; por la haya que creciendo sube muy alto, entenderemos los varones de tanta perfeccion, que estando en la tierra siempre estan con su contemplacion gustando los misterios del cielo, y aunque salen de la tierra quando nacen, en virtud de su meditacion suben hasta el cielo. Por el olmo árbol sin fruto, son denotados los hombres ocupados en las cosas del siglo; los que de tal manera se embarazan en ellas que jamas se halla en ellos ningun fruto espiritual. Es verdad que los olmos, aunque no den fruto, suelen algunas veces sustentan las vides para que con su ayuda mejor fructifiquen: y las personas que hemos dicho, quando la gracia del Señor las toca, suelen con los bienes temporales socorrer á los que se exercitan en vida de mas perfeccion; y así el mérito de aquellas virtudes se extiende á los unos y á los otros. Diremos, pues, que los olmos llevan fruto de racimos provechosos. El box que es árbol que no sube alto, y aunque es sin fruto siempre está verde, denota á los que estando en esta Santa Iglesia, por la flaqueza de su edad, y por no poder mas, no dan otro fruto de obras meritorias mas que el de sostenerse en la fe de sus padres y mayores; y solo con este verdor acompañan la Iglesia con buenos deseos. Despues añade el Profeta muy á propósito, porque vean y sepan, y juntamente piensen y entiendan. El cedro es puesto en la Iglesia para declararnos, que quando alguno es confortado con el buen olor que le viene de la santidad de su próximo, es razon que no se resfrie en el bien, ántes que con aquel buen olor se encienda mas en el exercicio de las virtudes espirituales, y en el deseo de los dones celestiales. Y para esto es puesta en la Iglesia la espina; para que el hombre que por la santa doctrina de su próximo se sintió penetrado el corazon, y se dolió de sus pecados, procure hacer el bien con otros que tambien se vean tocados de contricion, y les

sal-

salga sangre de lágrimas del alma con que sus culpas sean lavadas. El arrayan es asimismo puesto en la Iglesia, para que el hombre que en su aficcion y trabajo fué confortado con la palabra y obra de su próximo, él tambien aprenda á confortar á los que viere afligidos. Es tambien puesta la oliva, para que sepa tener misericordia de su próximo el que ya por experiencia halló quien la executase con él. Pónese la haya, para que sepa encenderse en contemplacion de las cosas altas el que viere á los otros que hacen lo mismo. El olmo es tambien puesto en la Iglesia para que viendo á los que sustentan con sus limosnas á los varones santos que se exercitan en actos de mucha perfeccion, hagan tambien lo mismo; y así sustentando á los otros, como el olmo á la cepa, darán los racimos, que de su propia naturaleza no pueden producir. Pónese el box para que el hombre aprenda á tener el verdor de la fe, y se avergüence de ser infiel, viendo quanto es el número de los católicos y fieles. Luego si esto, amados hermanos míos, es así como habeis oido, habiéndonos el Señor por boca del Profeta denotado todos estos árboles que en su Santa Iglesia puso, con razon añade para que vean, sepan, piensen, y entiendan, y habiendo en esta congregacion de la Santa Madre Iglesia tanto número de hombres diversos, en edades, oficios, y modos de vivir, es menester que los unos den buenos exemplos, y los otros, tomándolos se mejoren en sus costumbres y vida. Ya veo que por hablar de la condicion del olmo, me he dilatado en tratar de muchos árboles. Volvamos, pues, á nuestro principal intento, por el qual alegamos la auctoridad del Profeta: estabamos, pues, en aquellas palabras del Santo Evangelio, que dicen: el que recibe al Profeta en nombre de Profeta, tendrá merced de Profeta; porque el olmo aunque no da fruto, sustentando la cepa para que fructifique, él tambien lleva fruto: y el que ayuda á los bienes ajenos, hace que sean suyos. A grandes obras nos llama el glorioso Bautista, diciendo: haced fru-

frutos dignos de penitencia, y mas adelante dice: el que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene viandas para comer haga lo mismo. Claramente se nos muestra lo que Christo Redentor nuestro entendió, diciendo: el reyno de los cielos padece fuerza desde los dias de Juan Bautista, y los violentos le roban, con mucha prudencia se deben exâminar palabras de tan alta sentencia. Y lo primero es bien que sepamos cómo puede el reyno de los cielos padecer fuerza, y quién es el que hace fuerza al cielo: y tambien sepamos si es así que el reyno de los cielos padece, y los que son tan valientes que por fuerza le toman, esos son los que le llevan, y como esto es solamente desde los dias del glorioso Bautista acá, y no ántes. Para declaracion de esto, es de notar, que en la ley antigua estaba escrito: el que cometiere tal, ó tal culpa, muera por ello. A todos quantos leen es notorio que á los que cometian algun pecado contra la ley, la misma ley los castigaba asperamente; y no los recibia á penitencia para perdonarlos y darles la vida. Pero viniendo el gran Bautista Precursor de la gracia de nuestro Redentor, predicó la penitencia, para que el pecador, que por el pecado está muerto, resucite y viva por medio de la penitencia; y así es verdad, que de los dias de Juan Bautista acá, el reyno de los cielos padece fuerza. A mi ver el reyno de los cielos no es otra cosa sino el lugar de los justos, y á ellos solos son debidos como propia heredad los premios de la soberana ciudad que Dios hizo, para que solos los humildes, castos, mansos, y misericordiosos, suban á morar en ella. Pero quando el soberbio muy hinchado, ó el carnal muy encenagado, ó el furioso ardiendo en ira, ó el impío armado de crueldad, salen por la penitencia de la culpa, y vestidos de gracia suben al cielo, diremos que el pecador entrá como en lugar ageno, y así se prueba que de los dias de Juan Bautista acá el reyno de los cielos padece fuerza, y los que la saben hacer se le llevan; porque el que en-

señó á los pecadores á hacer penitencia, no hizo otra cosa sino enseñarlos á hacer fuerza al reyno de los cielos. Pensemos, pues, muy amados hermanos míos, los males que hemos cometido contra el Señor, y rompamos nuestros corazones con lágrimas continuas, robe- mos por medio de la penitencia la heredad de los justos, que por naturaleza no nos fué dada. El mismo Señor nuestro, y Dios todo poderoso está contento con que le hagamos esta fuerza, porque sin duda el reyno de los cielos, que no es debido á nuestros merecimientos, quiere ser robado con nuestros lloros. Sea nuestra esperanza tan firme y tan cierta que ninguna adversidad ni trabajo la quebrante por grandes y diversos que nos vengan. Gran confianza nos da, hermanos míos, aquel venerable ladron, y no le llamo venerable porque era ladron: fué venerable por la confesion que hizo, y ladron por la crueldad de que algun tiempo usó. Pensad, yo os lo ruego, pensad quán altas son, y quán incomprehen- sibles las maravillas de Dios: quán profundas las entrañas de su misericordia. Este ladron cogido por la justicia en medio del camino, con las manos ensangrentadas de los homicidios, fué colgado del madero de la Cruz; allí mismo confesó, allí se vió salvo, allí mereció oír, *hoy serás conmigo en el paraiso.* ¡Oh qué cosa es esta tan grande! ¡quién puede explicar bondad tan inmensa de Dios! ¡pues del lugar de los condenados tan presto fué pasado á la casa de los bienaventurados! Tenemos por cierto que Dios Juez Soberano permitió que algunos de sus escogidos cayesen en culpas, para que con su penitencia enseñen á los otros cómo se han de levantar, y les den esfuerzo y firme esperanza de que pueden ser remediados, si con verdadero dolor y enmienda abra- zaren la santísima penitencia. Por tanto, amados her- manos míos, exercitémonos en ella, y lavemos con ver- daderas lágrimas las manchas de nuestras culpas, ha- ciendo frutos dignos de penitencia. No perdamos el tiem- po que por la misericordia del Señor para ello se nos

ha dado. Y pensemos que el ver tantos como vemos y leemos que sanaron por la penitencia: no es otra cosa sino una prenda de seguridad que el Señor nos da, para que sobre esta prenda nos dispongamos á servir y amar á solo aquel que sin fin vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Sermon del bienaventurado San Leon Papa sobre el mismo Sábado de lo que el Santo Evangelio pasado nos habla.

Si con verdadera fe y santa sabiduría contemplamos el principio de nuestra creacion, muy amados hermanos míos, hallaremos que el hombre fué hecho á imágen de Dios, para que tuviese mayor causa de imitar y amar á su Criador. Y fué una grande dignidad de nuestra naturaleza, que resplandezca en nosotros, como en un espejo la forma de la divina bondad: y aun cada dia la misericordia de nuestro Criador nos vuelve á reparar en lo que perdemos de esta imágen. En el segundo Adán se nos da remedio para el daño que el primero nos causó, y toda la causa de nuestra reparacion es la misericordia de Dios, al qual nunca nosotros amaramos si él no nos amara primero, y si con la luz de su verdad no apartara las tinieblas de nuestra ignorancia: mucho ántes de su venida nos habia el Señor dado noticia de esto por el Profeta Isaías, diciendo: yo traeré los ciegos guiándolos al camino que no sabian, y haré que huellen las sendas que nunca supieron, yo les haré las tinieblas luz, y haré que las cosas malas y torcidas sean buenas y rectas; esto haré con ellos, y no los desampararé. Y en otra parte dice en persona del Señor: yo fuí hallado de los que no me buscaban, y me manifesté á los que no me preguntaban; y si quereis saber como se cumplió esto, San Juan Apóstol y Evangelista lo enseña, diciendo:

sabemos que el Hijo de Dios ya ha venido, y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al Dios verdadero, y estemos en su verdadero Hijo; y él mismo dice: amemos pues á Dios, porque él nos amó primero, y el modo con que Dios reforma en nosotros su imágen es amándonos. Y por hallar en nosotros alguna semejanza de su divina bondad nos da gracia con la qual obremos algo que se parezca á lo que él obró: enciende lumbre dentro de nuestras almas, nos inflama con el fuego de su caridad para que amemos, no solo á Dios sino tambien todo lo que él ama. Porque si entre los hombres se confirma la amistad quando son conformes en las voluntades y costumbres: tanto que aun los malos se conforman unos con otros por tener los afectos semejantes; ¿quánto nos debemos esforzar con los deseos y las obras por ser en todo conformes á la divina voluntad? sabiendo que el gran Profeta dice: la ira está en su indignacion, y la vida en su voluntad. Y tengamos por cierto que la dignidad de la Magestad divina nunca estará en nosotros si no nos conformamos con su voluntad. Así lo enseña el Señor, quando dice: amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu próximo como á tí mismo. Reciba, pues, el alma católica aquella caridad verdadera de su Criador y conservador, que siempre está fresca y nunca se marchita; sujétese en todo á su voluntad, porque siguiendo sus obras y juicios nunca estará apartada de la verdad de la justicia: nunca la faltará misericordia y clemencia, y quando la sobrevinieren trabajos, por muchos y graves que sean, acuérdesse por quién los sufre, y qué paga espera, y de que con estos ejercicios ha de ser probada. La caridad de éste no podrá ser perfecta si no se halla en él el amor del próximo; y por este nombre de próximo, no hemos de entender solamente á los que nos son cercanos por parentesco, ó amistad: porque son nuestros próximos todos quantos son semejantes en la naturaleza, sean compañeros, ó enemigos,

sean libres, ó siervos, sean naturales, ó extrangeros: porque un mismo Señor nos hizo á todos, un mismo Criador nos dió á todos el alma: el mismo cielo y ayre nos gobierna: los mismos dias y noches nos sostienen; aunque unos sean buenos y otros malos: unos justos y otros injustos. La bondad de Dios, á todos alcanza: con todos obra misericordia: á todos sustenta y espera, con todos es piadosa. Así lo enseña el glorioso Apóstol San Pablo con Bernabé su compañero á los de la ciudad de Licaonia, hablando de la providencia de Dios, y enseñándoles como en los tiempos pasados dexaba las gentes ir por donde querian, y decia: pero ahora me ha enviado á vosotros, para que le conozcais, él os envia el agua del cielo y los buenos tiempos: multiplica todos los frutos de vuestras tierras: da abundancia de manjares á vuestros cuerpos, y da alegría á vuestras almas. Mirad bien como esta extension espaciosa de la gracia christiana nos ofrece mayores causas de amar á los próximos: tan espaciosa es que por todas las partes del mundo se extiende, y á todos da esperanza de ser remediados: manda que á ninguno menospreciemos, ántes nos manda que amemos á los enemigos, y aun que roguemos al Señor por ellos: el qual con su bondad infinita cada dia saca árboles infructuosos de diversas naciones, y los enxerta en las olivas suyas de misericordia, para que convertidos hagan frutos dignos de gloria: y así de los enemigos hace amigos: de los agenos hace hijos adoptivos: de los malos hace justos; para que delante de su Magestad todos doblen las rodillas en tierra, los del cielo, los de la tierra, y los de los infernos, y todas las lenguas criadas confiesen que Jesu-Christo Señor y Redentor nuestro, está en la gloria de Dios Padre. Y siendo así que Dios, por esencia bueno, quiere que nosotros seamos buenos, no nos debe desagradar cosa alguna de las que él nos manda: de todo le debemos dar gracias, y faltamos á esta obligacion si en algo nos separamos de sus mandamien-

tos. Es tanta nuestra ignorante ingratitud que muchas veces nos atrevemos á murmurar de las obras de su Magestad: no solo en las necesidades, mas aun en las prosperidades; y si no es tanta nuestra abundancia como nuestra codicia quiere, estamos quejosos: si es muy cumplida nos olvidamos de ser agradecidos. Se han visto señores muy ricos, y con abundancia de silos llenos de trigo, mostrarse enojosos y mal contentos, y hacer lo mismo en la abundancia y fertilidad de las vendimias, y olvidados de dar gracias al Señor por la abundancia grande de los frutos que les habia dado, ocuparse en murmurar quejándose de que no eran tantos ni tan buenos como ellos quisieran. Y si por ventura les vienen los frutos del pan, vino y aceyte, no tan abundosos como ellos quisieran, luego dicen mal del año, maldicen los elementos, y no perdonan al ayre, ni al Cielo. Todo lo contrario se halla en los fieles y piadosos discípulos de la verdad, cuya condicion es alabar á Dios con toda constancia y perseverancia, conformándose con lo que el glorioso Apóstol San Pablo dice: "estad siempre alegres: vuestra oracion sea continua, y en todas las cosas dad gracias al Señor porque esta es la voluntad de Dios en Jesu-Christo en todos vosotros." Trabajemos, pues, hermanos míos, quanto nos fuere posible por ser participantés de esta devocion que el glorioso Apóstol nos enseña. No consintamos que la variedad de las cosas mude la constancia de nuestra alma: esté nuestro amor tan firme en Dios que ni con las prosperidades se ensoberbezca, ni con las adversidades se disminuya: agrádenos siempre lo que sabemos que agrada á Dios: alegrémonos con aquella medida de mercedes con que él fuere servido de medirnos. El que supo gozar de las prosperidades sepa tambien tener paciencia con la pobreza; y creamos que el Señor así provee en nuestro bien con la pobreza, quando nos la da, como con la riqueza. Porque si nuestros corazones están provistos con la fertilidad de la gracia del Señor,

nunca nos parecerán pocos los frutos que la tierra nos diere. Nazca en el campo de nuestro corazon lo que en la tierra faltare: á aquel que estuviere proveido de buena voluntad nunca le faltará contento ni que dar á otros. Sirvanos, pues, amados hermanos míos, para complemento de caridad en todas nuestras obras la experiencia de tantos años como hemos vivido. Y no sea parte para impedir la piedad christiana que á Dios debemos, ninguna prosperidad ni adversidad humana que se atravese. Acordaos como el Señor supo, y pudo llenar con abundancia de piedad todos los vasos que estaban vacíos en casa de la buena viuda que recibió al Profeta con caridad. Supo volver las aguas en vino: supo tambien hartar tantos mil hombres hambrientos, y con tan corta cantidad de panes; y el Señor que come de los corazones de los que son suyos, así puede multiplicar tomando, como pudo multiplicar dando. Tres cosas hay en que comunmente mas se cumplen las obras meritorias, estas son ayuno, oracion y limosna; y para exercitarnos en ellas, todo el tiempo del año es bueno. Pero debemos con mucha atencion considerar las instituciones santas de los Apóstoles gloriosos; y como ellos ordenaban sus santos exercicios. Para imitarlos y tomar el exemplo, que en este décimo mes se nos enseña conforme á la costumbre antigua y santa, nos convidá á que sigamos con efecto aquellas tres cosas que os dixé: porque con la oracion procuramos aplacar á Dios para que tenga misericordia de nosotros; con el ayuno castigamos los afectos torpes de nuestra sensualidad; con las limosnas redimimos nuestros pecados: de esta manera haremos que la imágen de Dios se renueve en nuestra alma en todas sus cosas, estando siempre aparejados para alabar á Dios: con mucho cuidado de tener limpia nuestra conciencia, y muy atentos á socorrer las necesidades de nuestros próximos. Creedme muy amados hermanos míos, que estas tres cosas encierran en sí toda la perfeccion del christiano

y tienen el complemento de todas las virtudes. Esta observancia es suficiente para que lleve adelante la imágen de Dios: esta hace que nunca de nosotros se aparte la gracia del Espíritu Santo. Porque en la oracion se conserva la rectitud de la fe: en los ayunos la inocencia de la vida, y en la limosna la piedad de nuestra alma. Ayunemos, pues, á lo ménos los Miércoles, los Viérnes, y los Sábados: guardemos la buena costumbre de velar en la Iglesia del Apóstol San Pedro, para que él con sus oraciones alcance del Señor que nuestros ayunos, limosnas, y oraciones le sean áceptas por medio de Jesu-Christo Redentor nuestro que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Sermon del glorioso San Agustin: enseñanos como nos debemos aparejar para la fiesta Sacratísima del Nacimiento de nuestro Redentor.

Habiendo de recibir con devocion fidelísima, muy amados hermanos míos, una solemnidad santa, digna de ser deseada, muy gloriosa y singular, que es el Nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesu-Christo, justo es que con su gracia pongamos todas nuestras fuerzas en aparejarnos como conviene para tal recibimiento. Reconozcamos con mucha diligencia los rincones más secretos de nuestra alma: no tenga por desgracia alguna culpa ó fealdad que sea para confusion nuestra, y ofensa del soberano Señor que esperamos. Porque siendo verdad que su Magestad despues de la Pasion Sacratísima ha resucitado y subido al Cielo, somos ciertos no obstante, de que siempre mira, y con mucha atencion ve como se gobiernan sus siervos en la presente vida, y si estamos, como es razon, limpios de toda avaricia, ira, soberbia, y sensualidad para esta venida gloriosa, y para un recibimiento tan lleno de alegría: porque sin duda él hará las mercedes, á

cada uno segun que hallare limpia la posada de su alma donde su Magestad se ha de aposentar. Al que hallare vestido con la luz de la caridad, adornado con piedras preciosas de justicia y misericordia: casto, humilde, benigno, piadoso, y templado, esté cierto de que le comunicará su Cuerpo y Sangre preciosísima por manos de sus Sacerdotes para remedio y salvacion de su alma: no para su juicio y condenacion. Mas si alguno por su culpa fuere hallado envuelto en adulterios, banquetes, avaricias y soberbias, yo me temo que no le diga lo que en el Santo Evangelio está escrito. Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestidura de bodas? Y lo que el Señor por su misericordia no permita: se haga con él lo que en el Santo Evangelio se sigue: atadle de las manos y los pies, y echadle en las tinieblas exteriores, donde para siempre tenga llanto y cruximiento de dientes. Ved aquí, hermanos míos, la sentencia que oirá el día del juicio el que viniere á esta fiesta Sacratísima sucio y sin las aguas de la penitencia. Porque habéis de contemplar, muy amados hermanos míos, que en esta fiesta del Nacimiento del Señor festejais los desposorios espirituales en que su soberana Magestad quiso desposarse con la Santa Iglesia su esposa. Entónces la verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo: entónces salió el esposo de su tálamo, esto es, salió el Verbo Divino del vientre virginal de su Sacratísima Madre. Salió juntamente con su esposa que es la Santa Iglesia; esto fué tomar nuestra carne humana. Siendo, pues, convidados á estas bodas sacratísimas, y habiendo de entrar en el convite en donde estan el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, pensad, hermanos míos, qué adorno de ropas nos conviene llevar. Limpiemos, pues, con la ayuda del Señor quanto nos fuere posible nuestras almas y cuerpos: porque pues él nos convida, ninguna cosa halle en nosotros que esté sucia: ninguna cosa fea, ni obscura: en fin que no haya cosa alguna que ofenda

á los ojos de su Magestad. Cosas son estas, muy amados hermanos míos, que no las hemos de mirar como de paso. Antes es razon que temblemos pensando cuánto nos importa acordarnos de que somos llamados á fiestas y desposorios, en que si vamos como debemos, nosotros mismos seremos los desposados. Pensemos, pues, bien á qué bodas nos llaman, contemplemos qué tal es el esposo y el convite, para dónde somos convidados: porque á la verdad somos convidados á una mesa donde no se come pan de hombres, sino pan de Angeles, y siendo esto así, como con toda verdad lo es, reconozcamos muy bien nuestra alma: no sea que vaya vestida de feas y torpes vestiduras de pecados, en lugar de las piedras preciosas de buenas obras que en tal fiesta debe llevar. Y así en donde veremos muchos que estarán blancos y resplandecientes con los atavíos de virtudes, no nos presentemos feos y oscuros con los vicios de nuestra sensualidad. Por tanto, hermanos míos, como diversas veces os lo he enseñado, quando viene esta soberana fiesta del Nacimiento del Señor, y otras muchas que entre año nos representa la Santa Iglesia, no solo os debéis apartar de la fea y torpe conversacion de las mancebas, que en todo tiempo es abominable, mas aun de las propias mugeres que sin pecado teneis en vuestra compañía. Apartad de vosotros toda ira, redimid los pecados pasados con limosnas: no consentais en vuestro corazón odio alguno: y lo que vanamente habéis acostumbrado á gastar en otros tiempos en los banquetes, sirviendo á la gula: ahora por manos de la justicia y de la misericordia, dadlo á los pobres: procurad que vuestra devocion piadosa envíe al cielo lo que la disolucion de la gula y sensualidad solia disipar en el mundo. Y aunque en todo tiempo nos convenga acordarnos de los pobres, dándoles parte de lo que el Señor por su misericordia nos ha encomendado; señaladamente y con muy mayor obligacion lo debemos executar en estas fiestas sacratísimas segun fue-

fueren nuestras facultades. Sobre todo, hermanos míos, os encomiendo, que vengan los pobres á vuestros convites muy á menudo. Acordaos de que no sería justo que en una tan grande solemnidad del pueblo christiano, el que todo es de un Señor, unos padezcan tormento de ahitos, y otros de hambrientos. La fe nos enseña que nosotros, y todo el pueblo, todos somos siervos de un Señor, comprados y redimidos por un mismo precio. La misma entrada en el mundo, y la misma salida, es la de los unos, y la de los otros: y todos los que acabaren bien han de subir á una misma bienaventuranza. Dime, ¿por qué razon el pobre no ha de tomar el manjar contigo, pues contigo ha de recibir el reyno? ¿Por qué el pobre no se ha de vestir una ropa de las tuyas, siquiera de las viejas, pues contigo se ha de vestir la estola de la gloria? ¿Por qué el pobre no merecerá comer de tu pan, pues mereció recibir contigo el Sacramento del Bautismo? ¿Por qué será indigno de recibir las sobras de tus manjares, siendo como es convidado juntamente contigo al convite de los Angeles? Oid, pues, hermanos míos, oid que el mandamiento que yo ahora os diré, no es mio, del Señor es, y á todos universalmente intimado en su Santo Evangelio. Quando hicieres algun convite, de comida ó cena, no convides á los ricos para que te vuelvan á convidar, y así recibas de ellos la paga: llama á los pobres y á los coxos, y serás bienaventurado, porque no teniendo éstos de donde pagarte dará la paga el Señor, quando remunerare á los justos. A alguno por ventura le parecerá esto que digo muy duro, y me dirá: luego segun eso, ¿no me será lícito convidar á mis amigos y parientes? No te quitamos la facultad de convidar los amigos, parientes y vecinos: mas queremos que estos convites no sean muy á menudo, y quando los hicieres, sean los gastos con tal templanza, que siempre quede alguna parte para el socorro de los pobres: quede con que consolar á los necesitados: porque

que si esto no hacemos, se nos dirá el dia del Juicio universal con todos los condenados que menospreciaron á los pobres: apartaos de mí malditos: id á los fuegos eternos; pero haciendo lo que aquí manda el Señor, oiremos aquella dulcísima sentencia: venid benditos de mi Padre y recibid el reyno: porque quando yo tuve sed, me disteis de beber. Oireis asimismo aquella voz llena de bendicion: alégrate siervo bueno y fiel, que yo te constituiré señor sobre grandes cosas, por la fidelidad que guardaste en las pocas, entra en el gozo de tu Señor. Quiero recoger en pocas palabras todo lo que os he dicho para que quede mas firme en vuestra memoria. Lo que en este razonamiento he querido decir, amados hermanos míos, es avisaros de que tenemos cerca el Nacimiento maravilloso de nuestro Salvador; y es menester que nos aparejemos, ayudándonos la gracia del Señor, para este convite de las celestiales bodas, que en él se celebran, estemos limpios de toda sensualidad, adornados de todas las virtudes, y las buenas obras, haciendo muchas limosnas á los pobres, arrojando del corazon todo género de odio ó ira, como verdadera ponzoña, guardando con toda perfeccion la castidad y limpieza: sean los pobres muy continuos en nuestros convites: venid con tiempo á velar con oracion: miéntras esteis en la Iglesia sea vuestra ocupacion, orar ó cantar, no se hallen en vuestras bocas palabras ociosas, ni quales los mundanos la suelen hablar, ántes reprehended con caridad á los que las dixeren: guardad con todos perfecta paz, y donde viereis que no la hay, procurad ponerla. Si esto que os he dicho quisierais guardar y cumplir con el ayuda del Señor, podreis en la presente vida llegaros al Altar del Señor con segura conciencia, y en la otra entrar en el soberano convite de los bienaventurados, y gozar con el Padre, con el Hijo, y con el Espíritu Santo, para siempre jamas. Amen.